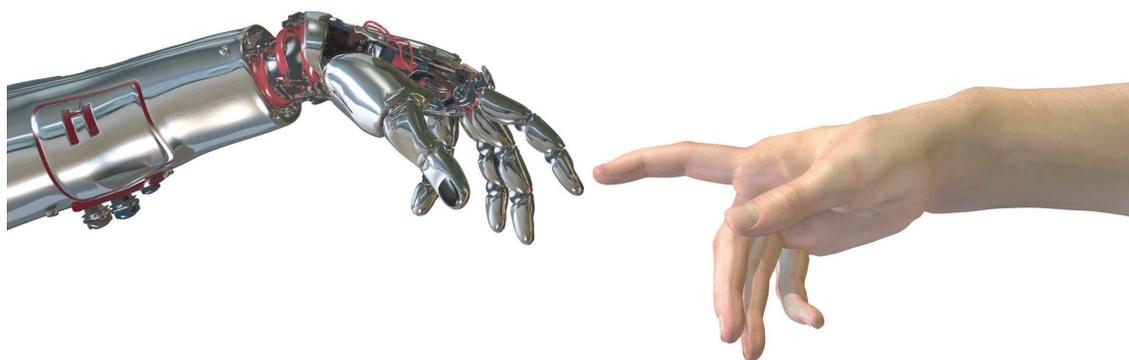




Los robots del hospital

ZACARÍAS JIMÉNEZ



En Monterrey existió la primera clínica-hospital atendida por robots, pero el caso se ocultó durante mucho tiempo. Ubicada en lo que fue antes el Bar Frontera, contiguo a la Clínica Monterrey, en la avenida Padre Mier y Pino Suárez, funcionó hasta que un fatal incidente provocó su cierre. El director, Tiburcio Galicia Padua, había ido a especializarse a Japón en medicina y robótica, ahí le nació la idea de fundar el centro de salud atendido por andróides, el cual sentó precedente en Latinoamérica.

—Soy un hombre pobre, cierto —había dicho a su mujer, quien le recriminó y rechazó su proyecto—, pero si los pobres no cambiamos el mundo, nadie lo va a cambiar. Los ricos, no: están por debajo de las cosas y por encima de los hombres.

—Olvídate de romanticismos, Tiburcio tiburón, ya se murió Santa Claus —le espetó su mujer, categórica—, primero está llenar la panza.

—Ciertamente, si alguien tiene los pies sobre la tierra son ustedes las mujeres, pero entre más preparado el hombre gasta menos en lujos. Saldremos adelante, vieja, no se me achicopale.

El caso es que Tiburcio, con ayuda de científicos japoneses, instaló los robots en la clínica, la cual trabajó

tranquila y sin contratiempos, hasta que en una ocasión llegó un tipo enigmático y quizá el más amable de los pacientes, se pensó en un principio. Llegó un 24 de diciembre por la mañana, y cerca de las once de la noche vinieron a buscarlo unas personas, sus posibles familiares. Mentira, eran sus enemigos y el tipo en cuestión era nada menos que el capo Joaquín el Chapo Guzmán. Lo era.

Los médicos lo habían visto tan desmejorado y tan desprotegido que pensaron que nomás se había venido con la bendición de su mujer; pero a la hora de pagar intuyeron que podría pagarles hasta la risa, si se reían bonito.

Sus rivales llegaron como el ángel de la muerte, como el ladrón en la noche al destino de los hombres. Quizá eran policías o tan sólo emisarios del mal mayor. Eso lo sabían ellos, y basta.

—No te la vas a acabar —le dijo uno de ellos—, y le puso la pistola en la cabeza.

El Chapo sintió miedo, por unos instantes. Luego dijo, o creyó decir: “Jálale, pela’o”. Y aunque pudo darle un codazo en el estómago a su rival, de tal manera que éste cayó encima de una caja de pepsicolas, provocando que sólo una quedara incólume, aun así se quedaba indefenso. Los robots, conscientes de que no debían faltar



a su primera ley: “Un robot no hará daño a un ser humano o, por inacción, permitir que un ser humano sufra daño”, entraron en acción para salvar al Chapo.

Uno de los tipos disparó a quemarropa tan sólo para deformarlos, pues los robots no se desplomaron como él esperaba. Algo parecido al Armagedón se vivió en Monterrey durante días, cuando el séptimo ángel derramó su copa por el aire; y salió una gran voz del templo del cielo, desde el trono, diciendo: “¡Hecho está!”. Que por qué esto y por qué aquello respondieron las autoridades ante la prensa y hasta con el Santo Niño de Atocha. El Chapo huyó del lugar, dejando a Tiburcio Padua el compromiso de explicar el motivo de su presencia en el lugar y por qué la clínica en su mayor parte era atendida por robots. Y cuando lo acusaron de amistad con el Chapo, él hubo de responder ante el Ministerio Público: “¿por qué habría de ser mi amigo si nunca hemos robado juntos?”.

Desactivaba a los doce androides, cuando su mujer, sintiéndose desatendida, le dio la cruel noticia: “Como siento que quieres más a tus monstruos que a mí, yo mejor me voy con mi mamá”. Y lo abandonó. Se llevó sus cosas, al perro, y hasta un osito de peluche que Tiburcio conservaba desde su infancia.

II

Aunque lo más grave del caso fue que, debido a su depresión, Tiburcio no evitó que tres androides huyeran del Hospital, sin dejar rastro (y aún peor: se habían humanizado más que los humanos). Quizá hoy vagan confundidos entre la gente por la ciudad de Monterrey. No sería nada extraño que algún lector los tuviera, astutos y silenciosos, a su lado como compañeros de trabajo, en el mercado, la biblioteca o en la oficina. Cosas de la vida... en Monterrey.

